

## LA ESCUELA COMO ESPACIO DE INVESTIGACIÓN PARA LA CONSTRUCCIÓN DE ENTORNOS LIBRES DE VIOLENCIA ESCOLAR

**Robinson David Ortiz Ocampo<sup>1</sup>**  
**Orcid:** 0009-0006-2899-781X  
**E-mail:** davidortiz9409@gmail.com  
Institución Educativa San Agustín  
**Colombia**

**María Fernanda Gallardo Guerreo<sup>2</sup>**  
**Orcid:** 0009-0000-8353-6617  
**E-mail:**  
mariafernandagallardoguerreo@gmail.com  
Universidad Nacional Abierta y a Distancia  
**Colombia**

**Recibido 05/11/2025    Revisado 08/12/2025    Aprobado: 12/12/2025**

### RESUMEN

La violencia escolar constituye un fenómeno multidimensional que perturba tanto el rendimiento académico como el bienestar emocional de quienes concurren a las aulas. En este trabajo se analizaron las distintas manifestaciones de esa violencia: agresiones físicas, hostigamiento verbal, microagresiones y exclusión, así como sus correlatos en el rendimiento escolar y la salud psicosocial de la población estudiantil, como la inequidad social, la carencia de competencias socioemocionales y la naturalización de comportamientos violentos en las propias instituciones. Mediante un enfoque cualitativo se realizó una síntesis y revisión de estudios previos, sobre violencia escolar en contextos educativos, se recopilan estudios nacionales e internacionales para identificar causas y posibles consecuencias del fenómeno en estudio. Los resultados mostraron que los alumnos que sufren estas formas de maltrato suelen presentar calificaciones inferiores y síntomas ansiosos o depresivos. Por ende, se plantea un abordaje holístico que trascienda acciones punitivas e invoque prácticas que propicien convivencia pacífica y reconocimiento recíproco. Asimismo, se subraya que la investigación situada en las escuelas es crucial para diseñar e implementar intervenciones preventivas que garanticen un entorno seguro para toda la comunidad educativa. Las recomendaciones incluyen la adopción de estrategias pedagógicas innovadoras y el refuerzo del involucramiento colectivo, de modo que las aulas se conviertan efectivamente en territorios libres de violencia.

<sup>1</sup> Docente Institución Educativa San Agustín, Magister en TIC para la educación, Universidad de investigación y desarrollo. Doctorando en Educación, UPEL.

<sup>2</sup> Docente investigadora, UNAD y I.E. Nuestra Señora de Guadalupe, Colombia. Magíster en Pedagogía Social, Universidad de Nariño. Doctorando en Educación, UPEL.

**Palabras clave:** bullying, agresión escolar, clima escolar.

## THE SCHOOL AS A RESEARCH SPACE FOR THE CONSTRUCTION OF ENVIRONMENTS FREE OF SCHOOL VIOLENCE

### ABSTRACT

School violence is a multidimensional phenomenon that disrupts both the academic performance and emotional well-being of those who attend classrooms. This paper analyzes the various manifestations of this violence: physical aggression, verbal harassment, microaggressions, and exclusion, as well as their correlates on academic performance and the psychosocial health of the student population, such as social inequality, lack of socioemotional competencies, and the normalization of violent behavior within institutions. Using a qualitative approach, a synthesis and review of previous studies on school violence in educational contexts was conducted. National and international studies were compiled to identify causes and possible consequences of the phenomenon under study. The results showed that students who suffer from these forms of abuse often present with lower grades and anxious or depressive symptoms. Therefore, a holistic approach is proposed that transcends punitive actions and invokes practices that foster peaceful coexistence and mutual recognition. It also emphasizes that school-based research is crucial for designing and implementing preventive interventions that guarantee a safe environment for the entire educational community. Recommendations include adopting innovative pedagogical strategies and strengthening collective engagement so that classrooms effectively become violence-free territories.

**Keywords:** bullying, school aggression, school climate.

## INTRODUCCIÓN

La violencia escolar, se presenta, como un fenómeno multidimensional que afecta a estudiantes de todos los grados y modalidades educativas, manifestándose a través de agresiones físicas y verbalizaciones agresivas. Sin embargo, su efecto más devastador opera a través de acosos psíquicos, dinámicas de exclusión y chisme, las cuales erosionan la convivencia. El reciente análisis de Álvarez, Márquez y González (2023) evidencia que tales agresiones no solo comprometen los indicadores de rendimiento académico, sino que agravan el sufrimiento psíquico de los sujetos, frustrando su aspiración de desarrollarse en un medio que resguarde la integridad corporal y emocional. En concordancia con los mismos autores, en determinados entornos hasta el 75% de los estudiantes se asumen, ya sea como destinatarios o como observadores de episodios de violencia, lo que resalta la amplitud del fenómeno y la necesidad inaplazable de una estrategia de intervención concertada.

Pese al creciente interés social que despierta la violencia escolar, sus tasas continúan, e incluso se agudizan, en muchas situaciones, puesto que las intervenciones tradicionales, centradas únicamente en castigar a los agresores, han mostrado limitaciones evidentes para alterar de manera perdurable las relaciones que configuran la vida escolar. Frente a esta situación, surge la necesidad de concebir a la escuela no solo como un lugar de enseñanza sino como un espacio de innovación e investigación pedagógica, capaz de "generar estrategias que prevengan la violencia escolar, utilizando

metodologías participativas como el “Design Thinking” (*diseñando el pensamiento*) entendido como un conjunto de habilidades cognitivas, estrategias y disposiciones para resolver problemas complejos con foco en el usuario (empatía, ideación, prototipado y evaluación iterativa) que favorecen creatividad, colaboración y aprendizaje a partir de la retroalimentación (Razzouk y Shute, 2012).

La violencia en las escuelas no solo afecta la calidad del aprendizaje; sino que también repercute directamente sobre la salud mental de los estudiantes, manifestándose en incrementos cuantificables de ansiedad, episodios depresivos y en procesos de debilitamiento de la autorreflexión y autoestima. Estas cicatrices emocionales trascienden el entorno escolar y frecuentemente se trasladan a la vida adulta, alimentando a su vez ciclos intergeneracionales de violencia y exclusión social. Frente a esta situación, es imprescindible que las instituciones educativas adopten una respuesta que comience por un diagnóstico integral, que indague los factores socioemocionales que alimentan el fenómeno, en vez de limitarse a los síntomas visibles.

Este diagnóstico, por sí solo, no es suficiente; debe complementarse con estrategias articuladas de prevención, intervención y reintegración que no solo interrumpan la propagación del daño, sino que también faciliten la reconstitución del tejido social que da sentido y cohesión a la vida escolar. Partiendo de todo lo anterior, la investigación propone, primero, explorar los diferentes tipos de violencia que se dan en las escuelas y, segundo, estudiar las estrategias de enseñanza que, si se emplean,

pueden ayudar a construir comunidades educativas sin violencia. Para lograr esto, se sugiere un enfoque que combine técnicas pedagógicas creativas y la investigación centrada en el contexto escolar puede cambiar de forma profunda las escuelas, convirtiéndolas en lugares seguros donde los alumnos crezcan y aprendan sin el miedo de ser agredidos.

La presente investigación enfoca la violencia escolar, como un problema que sigue afectando las escuelas de todo el mundo. Este tipo de violencia no solo dificulta que los estudiantes aprendan, sino que también influye, en su salud emocional y en la convivencia escolar. Por esta razón, se propone conocer a fondo de dónde proviene la violencia y cómo se presenta, para que, a partir de ese diagnóstico, se puedan ofrecer acciones concretas para prevenirla, invitando a toda la comunidad educativa (alumnos, maestros, familias y autoridades) a trabajar unidos en la solución.

Este estudio se encuentra estructurado, en primer lugar, en una revisión de los principales hallazgos teóricos sobre la violencia escolar, con énfasis en sus causas, consecuencias y manifestaciones, para posteriormente, analizar sus manifestaciones y consecuencias más relevantes, considerando enfoques innovadores pedagógicos. Luego, se reflexiona sobre el papel de la escuela en la generación de entornos seguros, se presentan ejemplos de buenas las prácticas y estrategias que han demostrado ser efectivas en otros ámbitos escolares a la hora de erradicar de la violencia escolar, entre ellas el “Design Thinking”; para finalmente, proponer recomendaciones prácticas que las

instituciones educativas puedan fortalecer la convivencia y consolidar comunidades educativas libres de violencia.

### MANIFESTACIONES Y CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA ESCOLAR.

La violencia escolar es un fenómeno multifacético que abarca más que las agresiones físicas visibles entre los estudiantes, extendiéndose también al acoso verbal, el maltrato psicológico y las conductas de exclusión social, las cuales a menudo son menos evidentes, pero igualmente perjudiciales para quienes las sufren. Según Chávez (2023), este tipo de violencia afecta a miles de estudiantes anualmente, manifestándose en diferentes formas y creando un ambiente de inseguridad y miedo que dificulta el aprendizaje y la convivencia. La violencia escolar no solo perjudica el bienestar emocional de los jóvenes, sino que también impacta de manera directa su rendimiento académico, ya que los estudiantes que viven situaciones de acoso o violencia suelen experimentar altos niveles de ansiedad, lo que dificulta su concentración y participación en el aula (Álvarez *et al.*, 2025).

Además, las consecuencias de la violencia escolar van más allá de los efectos inmediatos, donde los estudiantes que son víctimas de violencia, ya sea física, verbal o psicológica, corren el riesgo de desarrollar trastornos emocionales a largo plazo, como depresión o ansiedad, lo que afecta negativamente su salud mental y su capacidad para relacionarse con los demás, convirtiéndose en un problema serio que interfiere con el

desarrollo social de los estudiantes, afectando su capacidad para integrarse de manera saludable en la sociedad, al generar un ciclo de exclusión y aislamiento que se perpetúa con el tiempo si no se toman medidas preventivas efectivas. Según un estudio de García y Castro (2023), las víctimas de acoso escolar tienden a ser excluidas de actividades grupales, lo que disminuye su autoestima y aumenta la probabilidad de sufrir problemas emocionales graves.

La violencia en entornos escolares está interrelacionada con condiciones estructurales y psicosociales que deben ser analizadas de manera integradora. La desigualdad social opera como un catalizador de estos fenómenos; cuando las comunidades educativas están situadas en contextos de pobreza o exclusión, los estudiantes, sobrecargados de estrés y desconfianza, suelen desplegar conductas de agresión que funcionan como respuestas adaptativas, aunque nocivas, a un entorno percibido como amenazante. Además, la escasa formación en competencias socioemocionales, tanto en alumnado como en profesorado, limita el desarrollo de estrategias adecuadas para la autorregulación emocional y para la mediación constructiva en conflictos (Chávez, 2023). Finalmente, la persistente cultura del silencio, que desincentiva la denuncia y minimiza el papel de las jefaturas de apoyo, refuerza el círculo vicioso de la violencia, configurando un clima en que los actos agresivos se trivializan y se institucionalizan en la cotidianidad escolar (Álvarez et al., 2023).

En este marco, es necesario reconocer que las manifestaciones de violencia escolar no se limitan a los eventos más notorios como las peleas o el acoso visible; incluyen también microagresiones cotidianas, discriminación por motivos étnicos, de género o de orientación sexual, y prácticas de exclusión sutiles que muchas veces pasan inadvertidas para el personal docente y directivo. Estos comportamientos, aunque aparentemente menores, tienen un efecto acumulativo que deteriora la confianza, la motivación académica y la percepción de seguridad dentro del centro educativo.

De igual manera, la violencia puede verse agravada por factores externos al ámbito escolar, como la exposición a la violencia intrafamiliar o comunitaria. Estudios como el de UNICEF (2022) evidencian que los estudiantes que crecen en entornos marcados por la violencia doméstica tienen mayor probabilidad de replicar conductas agresivas en el contexto escolar, generando una transferencia de patrones conflictivos desde el hogar hacia la escuela. Este fenómeno confirma la necesidad de abordar el problema desde una perspectiva integral que conecte las intervenciones escolares con programas de apoyo familiar y comunitario.

Asimismo, las consecuencias académicas y emocionales no son homogéneas: mientras algunos estudiantes desarrollan síntomas de retraimiento y aislamiento, otros pueden responder con conductas disruptivas o desafiantes, lo que a su vez genera estigmatización y mayor riesgo de sanciones disciplinarias. Esta diversidad de reacciones demuestra que las estrategias de prevención e intervención deben ser

personalizadas y adaptadas a las características del estudiante, evitando enfoques generalistas que no contemplen las particularidades de cada caso.

Finalmente, comprender las manifestaciones y consecuencias de la violencia escolar requiere un monitoreo constante y sistemático dentro de la institución. La recolección de datos cualitativos y cuantitativos, combinada con la escucha activa de estudiantes, docentes y familias, permite identificar patrones emergentes y anticiparse a la consolidación de climas escolares negativos. Sin este trabajo continuo de observación e intervención, la violencia tiende a naturalizarse, debilitando los cimientos de la convivencia escolar y limitando las oportunidades de aprendizaje y desarrollo integral para toda la comunidad educativa

### ***La Violencia Escolar: Un Fenómeno Multidimensional***

Cuando se habla de violencia escolar, se refiere a cualquier acción que cause daño a otro dentro del contexto educativo, ya sea de manera física, psicológica o emocional. Este tipo de violencia se caracteriza por su repetición en el tiempo, lo que la convierte en un problema persistente que afecta la integridad de los estudiantes. No solo se limita a las agresiones físicas directas, como las peleas o las golpizas, sino que también incluye agresiones verbales, acoso y actitudes de discriminación que deterioran el ambiente escolar. La violencia psicológica, por ejemplo, puede manifestarse a través de burlas, humillaciones o la exclusión de grupos, lo que deja secuelas emocionales profundas en las víctimas. Según Álvarez *et al.* (2023), la violencia escolar abarca una

amplia gama de comportamientos destructivos que, aunque no siempre visibles, tienen un impacto significativo en el bienestar de los estudiantes.

### ***Consecuencias Académicas y Emocionales de la Violencia Escolar***

Las niñas y los niños que padecen acoso escolar arrastran cicatrices internas que, aunque nadie puede ver a simple vista, afectan de manera profunda su paso por el aula y, más adelante, por la vida adulta. Un indicador inmediato de ese daño es el bajón en las calificaciones, porque el miedo a que un nuevo ataque estalle en medio de la clase recubre de nervios cada rincón y aplasta cualquiera gana real de aprender. Con ese telón de ansiedad son pocas las personas que logran quedarse concentradas durante una explicación, recordar lo estudiado en un examen o simplemente prestar atención a lo que dice un compañero. La autoestima recibe el mismo tratamiento: cuando se le repite a alguien que no vale nada, resulta muy fácil que esa frase termine acogiéndose a su cabeza (Álvarez *et al.*, 2023).

El sufrimiento emocional causado por la violencia en los colegios deja, por lo general, marcas duraderas en la vida de los jóvenes. Diversas investigaciones muestran que quienes padecen estas agresiones tienen más probabilidades de presentar trastornos de ansiedad, episodios de depresión y dificultades para crear lazos sanos con los demás. La ansiedad constante y la sensación de no poder escapar alimentan un ciclo en el que los actos violentos y sus efectos psicológicos se repiten una y otra vez. En un estudio reciente, García y Castro (2023) señalan que los adolescentes víctimas de acoso

muestran una merma notable en su capacidad para afrontar encuentros sociales y, al mismo tiempo, informan niveles más bajos de autoestima, lo que frena su integración plena en la comunidad.

### ***Consecuencias a Largo Plazo: Trastornos Emocionales y Sociales***

El eco de la violencia escolar rara vez desaparece con el timbre que pone fin a las clases. Estudiante que ha sido víctima sigue lidiando con dificultades mucho tiempo después de haberse despedido del campus. Una exposición crónica al daño puede alterar profundamente el camino emocional que discurre durante la adolescencia, dejando marcas a menudo invisibles, pero profundamente sentidas. No es extraño que los sobrevivientes carguen con ansiedad persistente, episodios depresivos e irregularidades del sueño, malestares que continúan afectando su bienestar en la adultez (García y Castro, 2023). Aparte del mundo interno, la violencia deja huellas en las conexiones que establecen; quienes han sufrido maltrato con frecuencia encuentran que confiar en otros o construir lazos saludables se convierte en un reto diario (Álvarez Torres et al. 2025). Los estudiantes que sufrieron violencia escolar tienen más probabilidades de enfrentar problemas emocionales y sociales a medida que avanzan en la vida, lo que exige que las instituciones educativas tomen medidas decisivas y sostenidas contra el fenómeno.

### ***La Escuela como un Ecosistema: El Impacto de la Violencia Escolar***

Al concebir la escuela como un ecosistema, similar al de la naturaleza, se reconoce que cada alumno necesita ciertas condiciones para desarrollarse con éxito. Entre estas condiciones figuran el respeto mutuo, apoyo emocional, seguridad física y oportunidades de interacción positiva. En un ecosistema sano, esos elementos trabajan juntos para crear un equilibrio que beneficia a toda la comunidad (Álvarez *et al.*, 2023). De modo parecido, una institución educativa tiene que brindar un espacio en que cada joven pueda cultivar sus habilidades académicas, emocionales y sociales sin que el miedo a la agresión o al acoso lo paralice. Cuando, por el contrario, irrumpen factores perturbadores como la violencia escolar, esa armonía se quiebra y el daño alcanza no solo a quienes sufren el ataque directo sino a toda la comunidad escolar. Así como en la biología una plaga o un depredador desestabiliza a múltiples especies, en la clase o en el patio cada acto violento repercute en los espectadores, en los docentes y en el clima general del centro educativo.

El miedo, la inseguridad y el estrés empiezan a ser una presencia cotidiana en la escuela, un clima que poco a poco enrarece la convivencia, perjudica el ambiente de estudio y, en consecuencia, limita el rendimiento de alumnos, docentes y familias (Chávez, 2023). Los efectos de la violencia en las escuelas no se limitan a los alumnos que la sufren de forma directa. Quienes simplemente presencian esos episodios padecen también su sombra, porque el miedo y la ansiedad empiezan a invadir su propia vida dentro del aula. En un clima así, la enseñanza se desarticula: los estudiantes que temen

hacerse blanco de un ataque o que han visto a otro ser agredido pierden la capacidad de concentrarse en los contenidos, de pensar en los exámenes o de participar sin reservas

La violencia, por tanto, actúa como un desbalance en un ecosistema, alterando toda la dinámica grupal y convirtiendo el salón en un espacio hostil donde el crecimiento personal y académico queda truncado. Tal y como registraron García y Castro (2023) al estudiar una escuela en Tierralta, Córdoba donde las jóvenes víctimas de acoso escolar, mostraron calificaciones más bajas, interviniendo menos en las actividades escolares y experimentando niveles de ansiedad tan elevados que, a su vez, alimentan su aislamiento social y emocional. De este modo, cada agravio individual no sólo hiere a una persona; echa raíces en el colectivo y perpetúa un ciclo negativo del que salir resulta cada vez más complicado.

La violencia escolar no se limita a los incidentes visibles entre alumnos, sino que repercute en toda la comunidad educativa. Tal como se puede contaminar un lago y altera la cadena trófica, los actos agresivos en el aula envenenan las interacciones cotidianas y hacen que enseñar o aprender sea mucho más difícil (Álvarez *et al.*, 2025). Chicos y chicas que viven o son testigos de tales episodios suelen arrastrar inseguridades, ansiedad o problemas para confiar que, con el tiempo, pueden complicar sus lazos familiares, su vida amistosa y su ingreso al mercado laboral. Un clima en el que imperan la intimidación y el miedo, por tanto, no solo recorta el presente escolar,

sino que pone sombras sobre decisiones académicas y profesionales futuras. Por eso, construir colegios libres de agresión es una tarea inaplazable si se quiere devolver equilibrio al sistema y ofrecer a cada alumno el contexto seguro y respetuoso que necesita para crecer (García y Castro, 2023).

### ***La Escuela como espacio de Investigación para la construcción de espacios libres de Violencia Escolar***

La escuela, tradicionalmente pensada como el ámbito donde se enseñan disciplinas como la aritmética o la literatura, puede, sin embargo, funcionar como un laboratorio social destinado a forjar climas de convivencia repletos de respeto. Hacer de este espacio un refugio exento de violencias requiere, ante todo, abordarlo con mirada investigadora: solo así es posible diseccionar las raíces de los conflictos y decidir sobre la intervención antes de que las burlas rudas o el acoso se incorporen a la cotidianidad. Esa misma indagación, unida a un cultivo consciente del respeto, la tolerancia y el diálogo, habilita a los estudiantes para reconocer de inmediato cualquier signo de agresión y les entrega los recursos que les permiten detenerla sin que el temor a represalias coarte su voluntad.

Chávez (2023) puntualiza que al recopilar datos y abrir canales de escucha a toda la comunidad (niña o niño, docente o administrativo) emergen patrones que antes parecían opacos, lo que, a su vez, posibilita la creación de respuestas que se ajustan de veras a la singularidad del contexto. De manera similar, García y Castro (2023) sostienen

que, al explorar las raíces emocionales, familiares y situacionales de la agresión, se elaboran intervenciones preventivas adaptadas que fortalecen la identidad colectiva de la comunidad escolar y, al mismo tiempo, disminuyen las tasas de deserción y de malestar psicológico en el alumnado.

Al aproximarse a la realidad escolar desde el interior, se evidencian las modalidades mediante las cuales la violencia se propaga y se naturaliza. Estudios recientes, como los conducidos por Álvarez et al. (2023), revelan que la exclusión social, las jerarquías informales entre los estudiantes y la falta de herramientas para la resolución pacífica de los conflictos funcionan como factores de riesgo que retroalimentan el ciclo agresivo. Tales evidencias, sugieren simultáneamente, la necesidad impostergable de construir ambientes educativos más inclusivos; en los cuales todos los jóvenes se sientan reconocidos en su singularidad y tratados con plena dignidad. Por ello, el análisis de las conductas violentas en el aula no puede ser delegado únicamente a los estudiantes; también debe articular a docentes, equipos de dirección y familias, convocándolos a un esfuerzo colectivo por edificar un espacio seguro y saludable que abrace a toda la comunidad educativa.

La construcción de redes dentro de la escuela resulta esencial no solo para desarticular las jerarquías que perpetúan la agresión, sino para cultivar la solidaridad y el respeto que todos y todas tenemos derecho a experimentar cotidianamente en el aula. (Álvarez et al., 2023). El papel de la escuela como espacio de investigación va más allá

de detectar problemas; también tiene que ver con generar soluciones que se puedan aplicar en la rutina cotidiana. Mediante estrategias pedagógicas como el “Design Thinking”, las instituciones pueden organizar proyectos que no solo combatan la violencia visible, sino que al mismo tiempo fortalezcan las habilidades socioemocionales de los jóvenes.

Esta metodología, motiva a estudiantes, profesores y familias hacia un compromiso efectivo con la reconfiguración del clima escolar. Según Álvarez Torres et al. (2025), al reconducir los conflictos del aula bajo ese mismo marco, se activan la creatividad y la empatía, capacidades que resultan ineludibles para la edificación de contextos inmunizados frente a la agresión. De allí que la escuela deba concebirse como un laboratorio social a pequeña escala, donde la indagación y la innovación se entrelacen para imaginar y construir un porvenir más equitativo y pacífico, al servicio de todos los educandos.

### REFLEXIONES FINALES.

La violencia escolar, lejos de ser un incidente aislado o de limitarse a una porción marginal del alumnado, se manifiesta como un proceso que se inscribe y reproduce en las aulas y en las relaciones cotidianas que estructuran la vida escolar. Su naturaleza multidimensional, que incluye agresiones físicas, ataques verbales, acoso psicológico y formas más sutiles de exclusión, afectan a todos los sujetos de la comunidad educativa. Las consecuencias de estas prácticas van más allá del daño inmediato; al debilitar el

bienestar emocional de los estudiantes, perturban el proceso de enseñanza y aprendizaje, fragilizan la cohesión grupal y alteran el clima institucional.

El análisis presentado, argumenta que sólo mediante el abandono de los enfoques punitivos tradicionales y el desplazamiento hacia una estrategia global que cuestione las condiciones estructurales que generan la violencia escolar se podrá lograr su erradicación definitiva. Entre los determinantes que emergen con mayor claridad se identifican, en primer término, la persistencia de la desigualdad socioeconómica; en segundo, el déficit en la adquisición de competencias socioemocionales; como tercer factor, la normalización de patrones agresivos que se interiorizan como comportamientos aceptables; y, por último, la débil participación colectiva en la gobernanza de los centros educativos. Las evidencias acumuladas reafirman la urgencia de concebir políticas pedagógicas que, en su diseño y puesta en práctica, se caractericen por su inclusión, su coherencia y su continuidad en el tiempo, y que, a través de la educación sistemática en la empatía, el respeto mutuo y la convivencia pacífica, se fundamenten en los postulados de una justicia social operativa.

Durante la revisión sistemática, se constató que las instituciones educativas no se limitan a reaccionar ante circunstancias externas, sino que pueden y deben transformarse en laboratorio vivo de investigación, diagnóstico y renovación. La inclusión del “Design Thinking”, combinada con metodologías participativas, permite generar soluciones que, arraigadas en la cultura y las circunstancias concretas de la comunidad,

se tornan pertinentes y, por ende, sostenibles. Estas prácticas ofrecen, a la vez, el fortalecimiento de las competencias afectivas de los aprendices y la construcción de un entorno declarado seguro y de confianza. Tal proceso transformador, sin embargo, exige la cooperación comprometida de docentes, autoridades académicas, familias y estudiantes, que han de operar en sincronía en torno a un proyecto educativo que sitúe la dignidad y el bienestar colectivo por encima de cualquier otro propósito.

En este sentido, el presente texto muestra que las instituciones educativas no pueden limitarse a la transmisión de saberes, pues constituyen escenarios vivos en los que se entrecruzan dinámicas culturales, económicas, afectivas y políticas. La escuela es, por tanto, un microcosmos de la sociedad, donde se reflejan sus tensiones, desigualdades y posibilidades de transformación. Concebirla como un laboratorio social implica reconocer que en su interior no solo se producen aprendizajes académicos, sino también prácticas de convivencia, construcción de identidades, resolución de conflictos y negociación de valores. Desde esta perspectiva, la investigación escolar no se limita a recopilar datos, sino que se convierte en una herramienta para comprender y reorientar las interacciones cotidianas, detectando de manera temprana patrones de violencia y diseñando intervenciones ajustadas a las necesidades reales de la comunidad educativa. Este enfoque permite a la escuela articular investigación y acción de forma continua, de tal manera que las soluciones no se conciban como medidas externas, sino como parte orgánica de la vida institucional.

Finalmente, se concluye que extender las trayectorias de investigación que evalúen la eficacia de estas estrategias en contextos diversos es esencial para construir un conocimiento acumulativo y transferible. Tal acumulación de saberes debe estar acompañada de políticas públicas coherentes que doten a las escuelas de recursos materiales y humanos suficientes, del reconocimiento institucional necesario y de la autonomía para implementar proyectos adaptados a sus realidades. Esto implica una visión a largo plazo, donde la prevención de la violencia escolar y la promoción de una cultura de paz no se vean como programas aislados, sino como ejes estructurales de la política educativa. Solo así la escuela podrá desempeñar plenamente su papel como agente de transformación social, defensora de derechos humanos y promotora de relaciones basadas en el respeto, la equidad y la justicia. En este marco, la cultura de paz deja de ser un ideal abstracto y se convierte en una práctica cotidiana que impregna cada espacio de la vida escolar, proyectándose hacia la comunidad y contribuyendo a la construcción de una sociedad más inclusiva y solidaria.

## REFERENCIAS

Álvarez Díaz, K., Márquez Díaz, J. R., y González Falcón, I. (2023). El espacio escolar como generador de oportunidades educativas. Un estudio de caso en una Escuela Infantil. *Profesorado, Revista De Currículum Y Formación Del Profesorado*, 27(2), 171–193. <https://doi.org/10.30827/profesorado.v27i2.22768>

- Álvarez Torres, S. D., Flores Toscano, J. K., Sánchez Ríos, D. K., y Caiza Obando, M. D. (2025). Design Thinking (diseño de pensamiento) como método didáctico para abordaje de clima escolar en la escuela. *GADE: Revista Científica*, 5(1), 658-674. <https://doi.org/10.63549/rg.v5i1.623>
- Chávez González, M. L. (2023). La violencia escolar y los espacios intersticiales en México. Una aproximación etnográfica en Uruapan, Michoacán. *Revista Construyendo Paz Latinoamericana*, 18(18), 262 - 288. <https://doi.org/10.35600/25008870.2023.18.0273>
- García Sevilla, M. Y., y Castro Puche, M. R. (2023). Propuesta Pedagógica para Reducir Índices de Violencia Escolar y Mejorar la Convivencia en la IE Junín - Tierralta – Córdoba. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(4), 8886-8918. [https://doi.org/10.37811/cl\\_rcm.v7i4.7595](https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v7i4.7595)
- Observatorio de Drogas de Colombia. (2022). Estudio Nacional de consumo de sustancias psicoactivas en población Escolar 2022. Recuperado de: <https://www.minjusticia.gov.co/programasco/ODC/Documents/Publicaciones/Estudio%20nacional%20escolares.pdf>
- Razzouk, R., y Shute, V. (2012). What is design thinking and why is it important? *Review of Educational Research*, 82(3), 330-348. <https://doi.org/10.3102/0034654312457429>

UNICEF. (2022). Perfil estadístico de la violencia contra la infancia en América Latina y el Caribe. UNICEF. <https://www.unicef.org/lac/informes/perfil-estadistico-de-la-violencia-contra-la-infancia-en-america-latina-y-el-caribe>